

EL CÓDIGO DA VINCI Y ÁNGELES Y DEMONIOS  
FUERON SÓLO EL PRINCIPIO



DAN BROWN

# INFERNO

UNA GRAN PRODUCCIÓN CINEMATOGRÁFICA

booket

**Dan Brown**  
Inferno

Los recuerdos comenzaron a tomar forma lentamente, como burbujas emergiendo a la superficie desde la oscuridad de un pozo sin fondo.

«Una mujer cubierta con un velo.»

Robert Langdon la contemplaba desde el otro lado de un río cuyas turbulentas aguas estaban teñidas de sangre. En la orilla opuesta, la mujer permanecía de pie, inmóvil, solemne y con el rostro oculto por un velo. En la mano sostenía una cinta *tainia* que alzó en honor al mar de cadáveres que había a sus pies. El olor a muerte se extendía por todas partes.

«Busca —susurró la mujer—. Y hallarás.»

Langdon escuchó las palabras como si las hubieran pronunciado en el interior de su cabeza.

—¿Quién eres?! —exclamó, pero su boca no emitió sonido alguno.

«El tiempo se está agotando —susurró ella—. Busca y hallarás.»

Langdon dio un paso hacia el río pero advirtió que, además de estar teñidas de sangre, sus aguas eran demasiado profundas. Cuando volvió a alzar la mirada, los cuerpos que había a los pies de la mujer se habían multiplicado. Ahora había cientos, miles quizá. Algunos todavía estaban vivos y se retorcían agonizantes mientras sufrían muertes terribles e impensables... Consumidos por el fuego, enterrados en heces, devorándose los unos a los otros. Desde la otra orilla del río, Langdon podía oír sus angustiados gritos de sufrimiento.

La mujer dio un paso hacia él y extendió sus delgadas manos como si le pidiera ayuda.

—¿Quién eres?! —volvió a gritar Langdon.

A modo de respuesta, la mujer fue retirando poco a poco el velo de su rostro. Era increíblemente hermosa y, sin embargo, también mayor de lo que él había imaginado. Debía de tener más de sesenta años, pero su aspecto era majestuoso y fuerte, como el de una estatua atemporal. Tenía una mandíbula poderosa, unos ojos profundos y conmovedores, y un cabello largo y plateado cuyos tirabuzones le caían sobre los hombros. De su cuello colgaba un amuleto de lapislá-zuli con una serpiente enroscada alrededor de un bastón.

Langdon tuvo la sensación de que la conocía... y de que confiaba en ella. «Pero ¿cómo?, ¿por qué?»

Ella le señaló unas piernas que salían de la tierra y que pertenecían a algún pobre desgraciado que había sido enterrado boca abajo hasta la cintura. En el pálido muslo del hombre se podía ver una letra escrita en barro: «R.»

«¿Erre? —pensó Langdon, confundido—. De ¿Robert?»

—Ése soy ¿yo?

El rostro de la mujer permaneció impasible. «Busca y hallarás», repitió.

De repente, comenzó a irradiar una luz blanca, cada vez más y más brillante. Todo su cuerpo comenzó a vibrar intensamente hasta que, con el rugido de un trueno, estalló en mil astillas de luz.

Langdon se despertó gritando.

Estaba en una habitación que tenía la luz encendida. Solo. Olía a alcohol medicinal y, en algún lugar, una máquina emitía un silbido al ritmo de su corazón. Intentó mover el brazo derecho, pero un dolor punzante se lo impidió. Bajó la mirada y descubrió que una vía intravenosa colgaba de su antebrazo.

Se le aceleró el pulso, y el silbido de las máquinas también se avivó.

«¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?»

Langdon sentía un dolor intenso y palpitante en la parte posterior de la cabeza.

Con cuidado, levantó el brazo libre y se tocó el cuero cabelludo para intentar localizar su origen.

Bajo el pelo pegoteado notó las protuberancias de una docena o más de puntos recubiertos de sangre seca.

Cerró los ojos e intentó recordar el accidente.

Nada. Completamente en blanco.

«Piensa.»

Sólo oscuridad.

Un hombre ataviado con un pijama quirúrgico entró, alertado por la aceleración del monitor cardíaco de Langdon. Lucía una barba y un bigote hirsutos y espesos y, bajo unas cejas igualmente pobladas, sus ojos irradiaban una reflexiva calma.

—¿Q...qué... ha sucedido? —preguntó Langdon—. ¿He sufrido un accidente?

El hombre de la barba se llevó un dedo a los labios indicándole que no hablara y volvió a salir de la habitación para avisar a alguien que se encontraba en el pasillo.

Langdon volvió la cabeza, pero ese movimiento le provocó una punzada de dolor que se extendió por todo el cráneo. Respiró hondo varias veces y esperó a que pasara. Luego, metódicamente y con mucho cuidado, inspeccionó la estéril habitación de hospital.

Sólo había una cama. Ninguna flor. Ninguna tarjeta. Langdon vio su ropa sobre un mostrador cercano, doblada en el interior de una bolsa de plástico transparente. Estaba cubierta de sangre.

«Dios mío. Debe de haber sido grave.»

Langdon volvió la cabeza lentamente hacia la ventana junto a la cama. El exterior estaba oscuro. Era de noche. Lo único que podía ver en el cristal era su propio reflejo: un desconocido demacrado, pálido y fatigado, cubierto de tubos y cables y rodeado de instrumental médico.

Oyó unas voces en el pasillo y se volvió hacia la puerta. El médico entró acompañado de una mujer.

Debía de tener unos treinta y pocos años, iba vestida con un pijama quirúrgico de color azul y llevaba el pelo rubio recogido en una coleta que se balanceaba al caminar.

—Soy la doctora Sienna Brooks —dijo al entrar, y sonrió a Langdon—. Esta noche trabajo con el doctor Marconi.

Langdon asintió levemente.

Alta y ágil, la doctora Brooks se movía con el paso asertivo de una atleta. Incluso vistiendo el holgado uniforme se podía advertir su esbelta elegancia. A pesar de no llevar maquillaje, su rostro era extremadamente terso, apenas mancillado por un pequeño lunar que tenía justo sobre los labios. Sus ojos castaños parecían inusualmente

penetrantes, como si hubieran sido testigos de profundas experiencias poco habituales en una persona de su edad.

—El doctor Marconi no habla mucho inglés —dijo, sentándose a su lado—, y me ha pedido que complete su formulario de ingreso. —Volvió a sonreír.

—Gracias —dijo Langdon con voz ronca.

—Muy bien —repuso ella en tono formal—. ¿Cómo se llama?

Tardó un momento en contestar.

—Robert... Langdon.

Le iluminó los ojos con una linterna de bolsillo.

—¿Ocupación?

Esa información tardó todavía más en acudir a su mente.

—Profesor. Historia del arte... y simbología. Universidad de Harvard.

La doctora Brooks bajó la linterna con expresión alarmada. El médico de las cejas pobladas se mostró igualmente sorprendido.

—¿Es... norteamericano?

Langdon la miró confundido.

—Es sólo que... —vaciló—, cuando llegó anoche no llevaba encima identificación alguna. Como iba vestido con un saco Harris de *tweed* y unos mocasines Somerset, supusimos que era inglés.

—Soy estadounidense —le aseguró él, demasiado cansado para explicarle su preferencia por la ropa de buen corte.

—¿Le duele algo?

—La cabeza —respondió Langdon. La brillante luz de la linterna no hacía sino empeorar el dolor que sentía en el cráneo. Afortunadamente, la doctora se la guardó en el bolsillo y empezó a tomarle el pulso.

—Se ha despertado gritando —dijo la mujer—. ¿Recuerda por qué?

La extraña visión de la mujer cubierta por el velo y rodeada de cuerpos retorciéndose de dolor volvió a acudir a la mente de Langdon. «Busca y hallarás.»

—Estaba teniendo una pesadilla.

—¿Sobre?

Langdon se lo contó.

La doctora Brooks permaneció impasible mientras escribía en un anotador.

—¿Tiene alguna idea de qué puede haberle provocado una visión tan aterradora?

Langdon hurgó en su memoria y luego negó con la cabeza, que protestó con un martilleo.

—Está bien, señor Langdon —dijo ella sin dejar de tomar notas—. Le voy a hacer un par de preguntas rutinarias. ¿Qué día de la semana es?

Langdon se lo pensó un momento.

—Sábado. Recuerdo estar caminando por el campus..., me dirigía a un ciclo vespertino de conferencias y luego... Bueno, básicamente, eso es todo lo que recuerdo. ¿Me he caído?

—Ya llegaremos a eso. ¿Sabe dónde está?

—¿El Hospital General de Massachusetts? —aventuró él.

La doctora Brooks hizo otra anotación.

—¿Quiere que llamemos a alguien? ¿Esposa? ¿Hijos?

—No, a nadie —respondió Langdon instintivamente. Siempre había disfrutado de la soledad y la independencia que le proporcionaba la vida de soltero que había escogido. Aun así, debía admitir que, en su situación actual, habría preferido tener a alguien conocido a su lado—. Podría llamar a algún colega, pero no hace falta.

El médico se acercó. Tras alisarse las pobladas cejas, sacó del bolsillo una pequeña grabadora y se la enseñó a la doctora Brooks. Ella asintió y se volvió hacia el paciente.

—Señor Langdon, cuando llegó anoche, balbuceaba algo una y otra vez. —Se volvió hacia el doctor Marconi, que alzó la grabadora digital y presionó un botón.

Comenzó a sonar una grabación y Langdon oyó su propia voz mascullando repetidamente las mismas palabras en inglés:

—*Ve... sorry. Ve... sorry.*

—Parece que dice «*Very sorry. Very sorry*» —dijo la mujer.

Langdon estuvo de acuerdo y, sin embargo, no lo recordaba.

La doctora Brooks se lo quedó mirando con una intensa mirada.

—¿Tiene alguna idea de por qué estaba diciendo eso? ¿Hay algo que lamente?

Al hurgar de nuevo en los oscuros recovecos de su memoria, Langdon volvió a ver a la mujer cubierta por el velo. Estaba en la ori-

lla de un río teñido de sangre y se encontraba rodeada de cadáveres. Volvió a percibir el hedor de la muerte.

De repente, le sobrevino una repentina e instintiva sensación de peligro... No sólo era él quien lo corría..., sino el mundo entero. El silbido del monitor cardíaco se aceleró rápidamente. Sus músculos se tensaron e intentó incorporarse.

La doctora Brooks le colocó una mano en el esternón, firme, obligándolo a tumbarse de nuevo. Luego se volvió hacia el doctor y éste se dirigió a un mostrador cercano y comenzó a preparar algo.

La doctora Brooks se inclinó entonces hacia Langdon y le susurró: —Señor Langdon, la ansiedad es común cuando se ha sufrido una lesión cerebral, pero debe mantener las pulsaciones bajas. No se mueva. No se excite. Quédese recostado y descanse. Poco a poco recuperará la memoria.

El doctor regresó con una jeringuilla, que entregó a la doctora Brooks. Ésta inyectó su contenido en la vía intravenosa de Langdon.

—Un sedante suave para tranquilizarlo —le explicó—, y también para aliviar el dolor —se incorporó para marcharse—. Se pondrá bien, señor Langdon, procure dormir. Si necesita alguna cosa, presione el botón que hay en la cabecera de la cama.

La doctora Brooks apagó la luz y salió de la habitación con el doctor.

En la oscuridad, Langdon sintió cómo la droga se propagaba por su cuerpo casi instantáneamente, arrastrándolo de nuevo a ese profundo pozo del que había emergido. Resistiéndose, se esforzó en mantener los ojos abiertos e intentó incorporarse, pero su cuerpo pesaba como el cemento.

Langdon se dio la vuelta y volvió a encontrarse de cara a la ventana. Como ahora las luces estaban apagadas, su reflejo había desaparecido del cristal y había sido reemplazado por la silueta de una ciudad.

En un mar de torres y cúpulas, una fachada iluminada dominaba el campo de visión de Langdon. El edificio era una imponente fortaleza de piedra, con un parapeto dentado y una torre almenada y con matacán, que se elevaba hasta los noventa metros de altura.

Langdon se incorporó de golpe, lo cual provocó una explosión de dolor en su cabeza. Haciendo caso omiso al suplicio que sentía, se quedó mirando la torre.



Conocía bien esa estructura medieval.

Era única en el mundo.

Lamentablemente, también se encontraba a seis mil quinientos kilómetros de Massachusetts.

En la calle, oculta entre las sombras de la via Torregalli, una mujer de aspecto atlético descendió ágilmente de su BMW y comenzó a caminar con la intensidad de una pantera al acecho de su presa. Su mirada era afilada. El cabello corto, que llevaba en punta, sobresalía por encima del cuello de su traje de motorista. Tras comprobar su pistola con silenciador, levantó la mirada hacia la ventana de Robert Langdon, cuya luz se acababa de apagar.

Unas horas antes, su misión original se había malogrado.

«El arrullo de una única paloma lo ha cambiado todo.»

Ahora tenía que arreglarlo.